[aula abierta]

aula abierta 22

Sección del Suplemento Cultural **Tres Mil** en apoyo a los programas de Lenguaje y Literatura de Educación Media del Ministerio de Educación

| Diario Co Latino |
| sábado 4 de julio de 2009 |

Responsable: Vladimir Baiza

Primer Año de Bachillerato

La novela picaresca en España: El Lazarillo de Tormes

EDGAR ALFARO CHAVERRI

«El florecimiento de esta novelística coincide con los primeros momentos de la decadencia cuando España, mal gobernada y peor administrada, perdía riqueza y poderío frente a sus rivales europeos. El antecedente de las novelas picarescas fue La Celestina, de Fernandode Rojas, obra teatral novelada».

«El pícaro, según Valvuena y Prat, es una mezcla de cínico y estoico, por su insensibilidad frente a la desgracia y su anarquismo. La España de la época del Emperador y la de los años subsiguientes, está reflejada en la picaresca, con el empobrecimiento que provocaron las guerras europeas, la emigración a América y la holgazanería propia de las etapas de inquietud e inseguridad. El pícaro representa un sector social que debía subsistir luchando con la miseria, y que, en la ficción, resuelve sus conflictos con humorismo trágico».

El Pícaro y Lazarillo, figuras recurrentes desde el medievo hasta la actualidad. Retazo de *Personajes*, obra de Antonio García Ponce.

En España, las primeras manifestaciones novelísticas correspondieron a los libros de caballería. esta literatura narrativa fantasiosa, surgida a fines de la Edad Media, llegó tardíamente a las letras castellanas, pues en Francia e Inglaterra se cultivó sobre todo durante los siglos del XII al XIV, mientras que en España apareció hacia el siglo XV, tuvo su apogeo en el XVI y desapareció definitivamente a principios del XVII, de modo especial por efecto de la ridiculización que de ellas hizo Cervantes, en su monumental Don Quijote.

Después de la novela de caballería apareció la pastoril bucólica, de tono lírico, proveniente de Italia y Francia. Este tipo de narración se distingue por lo artificioso, sentimental y ficticio. Decayó prontamente sin que quedasen obras de importancia en tal género. El propio Cervantes escribió una novela pastoril, La Galatea, de poco mérito. Estas obras tenían como tema central el amor artificioso entre pastores y pastoras; la naturaleza aparece en ellas demasiado idealizada: Ríos, prados, montes exageradamente bellos y fingidos. Sin embargo, poseen algunas cualidades poéticas de valor.

En contraste con el poco valor de los géneros anteriores (de caballería y pastoril), fue máxima la importancia que tuvo otra clase de novelas, original y típicamente española: la picaresca, aparecida a mediados del siglo XVI. La picaresca tuvo desde el principio el distintivo de lo real, ya que brotó de hechos concretos: la vida de los pícaros y farsantes, muchas veces caballeros caídos en desgracia que debían ingeniarselas para vivir sin trabajar y con lujo de ingenio se convertían en protagonistas de variadas y picantes aventuras.

El florecimiento de esta novelística coincide con los primeros momentos de la decadencia cuando España, mal gobernada y peor administrada, perdía riqueza y poderío frente a sus rivales europeos. El antecedente de las novelas picarescas fue La Celestina, de Fernandode Rojas, obra teatral novelada.

En ella se encuentran muchos de los elementos que más tarde serían aprovechados por prosistas originales y de consumado oficio. Sobre todo el personaje central, Celestina, y los criados y criadas pícaros que la rodean, dan la pauta para los personajes y ambientes que más tarde cobrarán fuerza en novelistas de primera línea.

Las novelas picarescas más importantes de España son:

El Lazarillo de Tormes, de autor anónimo: *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán (1547-1614); *El diablo Cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara (1579-1644); *Vida del Buscón*, de Francisco de Quevedo (1580-1645).

La Picaresca

Género literario, característicamente español. La literatura picaresca ha brindado novelas de corte realista, cuyo personaje central es el pícaro, que vive aguzando su ingenio para poder comer, al margen de las sociedad y de las leyes (es un ejemplo de antihéroe). La técnica corriente es presentar al protagonista como mozo de muchos amos, lo que permite una visión satírica de diversos estados y ambientes.

La picaresca como tal aparece definida en El Lazarillo de Tormes, pero tiene antecedentes en la literatura española (Arcipreste de Hita, Arcipreste de Talavera, Fernando de Rojas) y aún para algunos autores en la literatura latina (literatura lupanaria). Pero durante los siglos XVI y XVII cristalizan los elementos picarescos en este tipo de novelas que conjugan actitudes cínicas y estoicas en la relación de sus personajes con la vida.

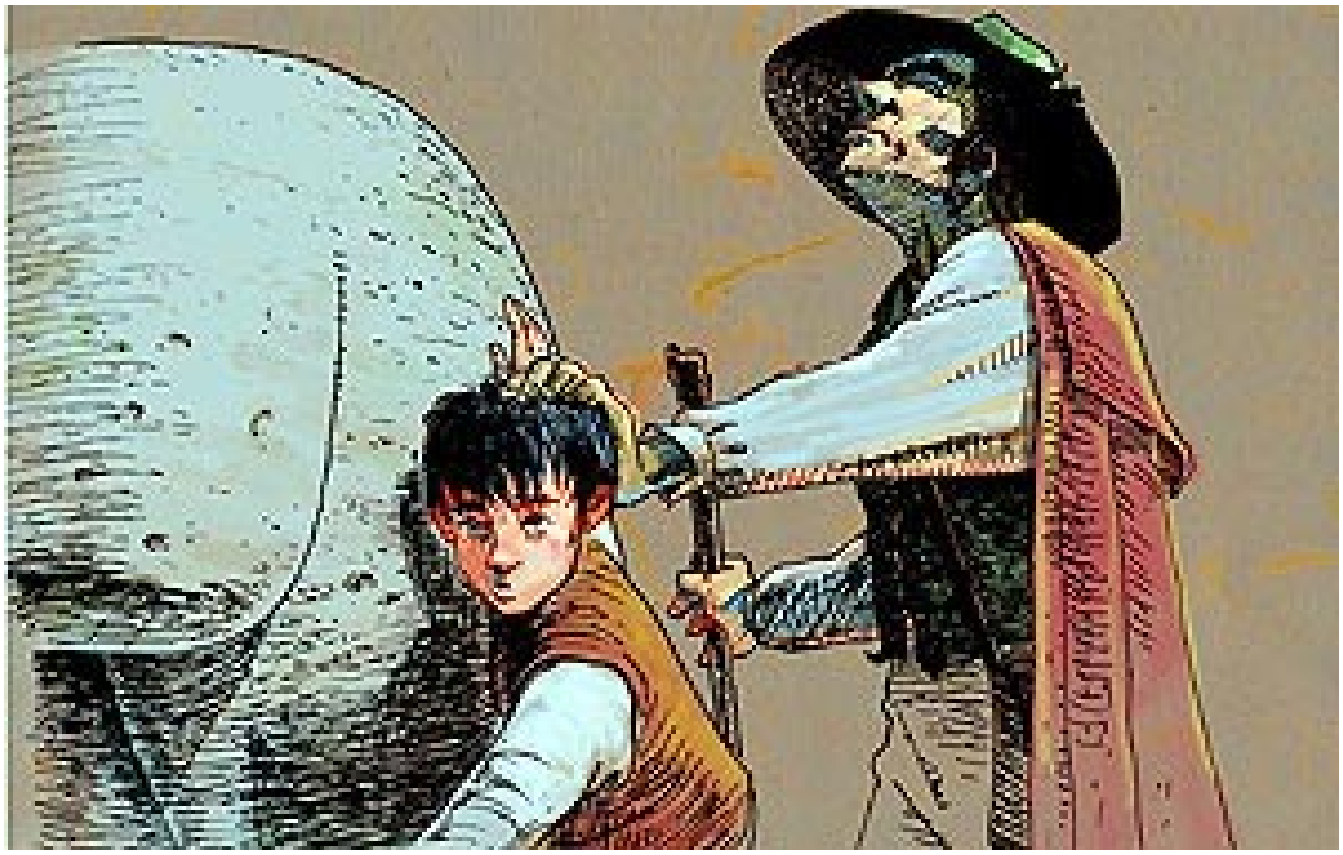
El pícaro, según Valvuena y Prat, es una mezcla de cínico y estoico, por su insensibilidad frente a la desgracia y su anarquismo. La España de la época del Emperador y la de los años subsiguientes, está reflejada en la picaresca, con el empobrecimiento que provocaron las guerras europeas, la emigración a América y la holgazanería propia de las etapas de inquietud e inseguridad. El pícaro representa un sector social que debía subsistir luchando con la miseria, y que, en la ficción, resuelve sus conflictos con humorismo trágico.

La palabra pícaro fue empleada por primera vez en 1541, en la Farsa Custodia de Palau. La etimología es oscura y discutida, se considera que puede derivar: a) de "picar", desazonar; b) de "picardo", por alusión a los aventureros de la región de Picardía; c) una voz morisca (de origen moro).

En 1599 aparece la primera parte de Guzmán de Alfarache, de Mateo Alemán, carente de la leve nota de regocijo vital que asoma en el Lazarillo. Hay acusadas diferencias entre la picaresca del siglo XVI, "realista y paródica", y la del siglo XVII, doctrinal y teórica, con abundante interpolación de consejos morales y aventuras al margen de la trama.

Las primeras rezuman el "erasmismo" de la crítica anticlerical de su época; las segundas suavizan las crudezas con elementos moralizadores, debido en parte a la fiscalización religiosa y en parte al gusto por los contrastes, característico del Barroco.

Entre las innumerables novelas picarescas, se pueden citar: Alonso, mozo de muchos amos; Vida del escudero Marcos de Obregón, del músico Espinel; Libro de entretenimientos de la pícara Justina (1605); La ingeniosa Elena; La hija de la Celestina, de Salas Barbadillo. (En estos tres últimos casos el personaje picaresco es femenino). Vida del Buscón, de Quevedo (1626), donde la deformación del realismo tiende al grotesco despiadado; Vida y hechos de Estebanillo González (1646), autobiografía, etc.



También Cervantes, en El Quijote de La Mancha se interesó, en varias de sus obras, por el mundo lacerado y a la vez cómico de la picardía: Rinconete y Cortadillo, Pedro de Urdemales, etc. El género tuvo imitadores en Francia con desviaciones hacia lo erótico, que en la picaresca española no tiene fundamental importancia.

En pleno siglo XX, Camilo José Cela, escribe: Nuevas Andanzas y Desventuras del Lazarillo de Tormes. De acuerdo con el enfoque que los distintos autores hacen del tema, Cela divide las novelas picarescas en:

a) idealista satírica (Buscón, Guzmán);

b) realista optimista (Estebanillo);

c) descriptiva (Marcos de Obregón).

Se ha juzgado muy diversamente a esta forma narrativa tan peculiar y española; Herrero García la consideraba un producto pseudo ascético de confesiones de pecadores; Marañón la ataca por exaltar figuras negativas como si fueran ejemplares, lo que en su opinión ha contribuido a fomentar en el extranjero la visión de una España mendicante, oportunista y hambreada; Vossler alaba en ella la humana indulgencia con que se trata a los despojados.

En general, el pícaro roza el hampa sin pertenecer a ella, la astucia que despliega para adherirse a la vida en la precariedad (por el engaño y no por el trabajo) traduce, paradójicamente, un desesperanzado vigor.

La Vida del Lazarillo de Tormes y de sus Fortunas y Adversidades

(Fragmento del Tratado Primero)

Cuenta Lázaro su vida y cúyo hijo fue.

Pues sepa vuestra merced, ante todas cosas, que a mí laman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fue desta manera.

Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña, que está en la ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años. Y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto parióme allí. De manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso y confesó e no negó e padeció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la Gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue. Y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno dellos e vínose a vivir a la ciudad e alquiló una casilla e metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes e lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno, de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces de día llegaba a la puerta en achaque de comprar huevos y entrábase en casa. Yo, al principio e su entrada pesábame con él e habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas, de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba e ayudaba a calentar. Y acuérdome que , estando el negro de mi padrastro trabajando con el mozuelo, como el niño vía a mi madre e a mí blancos y a él no, huía dél, con miedo, para mi madre y, señalando con el dedo, decía: "¡Madre coco!". Respondió él riendo: "¡Hideputa!".

Nota

El Lazarillo de Tormes aparece simultáneamente en 1554 en Burgos, Amberes y Alcalá de Henares, sin nombre de autor.

La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades, constituye una de las cumbres de la prosa clásica española. En siete capítulos (la obra consta además de un prólogo), relata las vicisitudes de un joven que sirve de lazarillo a un ciego, de monaguillo a un clérigo y de paje a un escudero.

Con todos sus amos, conoce Lázaro la miseria y el hambre; y de su experiencia humana, que constituye un fresco de la sociedad española de tiempos del Emperador, extraerá una amarga filosofía del vivir.

Segundo Año de Bachillerato

Literatura mística colonial: Sor Juana Inés de la Cruz

Sátira Filosófica

Arguye de inconsecuentes el gusto y la censura de los hombres que en las mujeres acusan lo que ellos causan.

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón
sin ver que sois la ocasión
de los mismo que culpáis:

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿porqué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco,
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia,
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana;
pues la que más se recata,
si no os admite es ingrata,
y si os admite es liviana.

Siempre tan necios andáis
que, con desigual nivel,
a una culpáis por cruel
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues como ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata, ofende,
y la que es fácil, enfada?

Más entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejáos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cual mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que se cae de rogada,
o el que ruega de caído?

¿O cual es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por la paga,
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
y después, con más razón.
acusaréis la afición;
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

Sor Juana Inés de la Cruz.

Una de las figuras emblemáticas de la poesía de todos los tiempos es Juana de Asbaje, mejor conocida por su nombre de religiosa: Sor Juana Inés de la Cruz.

Símbolo para el movimiento feminista, Sor Juana fue una mujer ejemplar, que pugnó tenazmente con el machismo de la sociedad de su época para consagrarse a su gran pasión: el conocimiento.

En su poema *Primero sueño*, esta autora se ocupa de problemas filosóficos. Nació en 1651 y falleció en 1695. En su obra escrita se incluyen poemas, autos sacramentales y villancicos.

Sor Juana fue una mujer valiente que pagó, con el silencio forzado, su amor por el saber. Aquí reproducimos su poema más conocido, que es un cuestionamiento a la doble moral del machismo.

Segundo Año de Bachillerato

Literaturacolonial: Rafael Landívar

Rafael Landívar

El dominio español en América puso al país europeo frente de uno de los imperios más vastos de la historia contemporánea.

Los cambios culturales que esto supuso fueron drásticos: la imposición de una religión, de un sistema político y de una lengua radicalmente distintos se dio en virtud de la superioridad militar de los españoles, aunque hay que recordar que esto no fue empresa fácil.

Pero, una vez vencidas las resistencias locales e instaurado el nuevo régimen colonial, se da un particular mestizaje, en el cual persisten los rasgos culturales indígenas ocultos, al menos superficialmente, por la cultura española.

Los rasgos de la cultura dominante son similares a los existentes en España: el castellano y el catolicismo como lengua y religión oficiales; así como el peso político y cultural del clero.

De esta suerte, la Iglesia es la que resguarda la alta cultura en los dominios de España. El clero es el que administra las universidades y las bibliotecas. Ello explica por qué la literatura que se comienza a producir en la época colonial —literatura de criollos— tiene por autores a personajes que vistieron los hábitos o que recibieron educación religiosa.

Existen tres autores representativos: Rafael Landívar, Sor Juana Inés de la Cruz y el Inca Garcilaso de la Vega. Son autores nacidos en América y que constituyen parte del cimiento de nuestras literaturas nacionales.

Rafael Landívar, fue un sacerdote jesuita nacido en 1731, en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, actual capital guatemalteca. En 1765 tomó los hábitos en la Compañía de Jesús.

La expulsión de los jesuitas de España y de sus colonias, dictada por el rey Carlos III en 1767, hace que Landívar se desplace hacia Italia. Jamás volvió a América, y falleció en el destierro en 1793. Su poema *Rusticatio Mexicana* —«Por los campos de México»—, con el cual ganó la posteridad, fue escrita en latín y es en la actualidad un poema que forma parte de la identidad cultural guatemalteca.

Es precisamente a la capital de Guatemala que va dedicado el fragmento de *Rusticatio Mexicana* que reproducimos:

San Juan de la Cruz (Convento de Carmelitas descalzos).

Grabado de Antonio Mejía Ponce y su *Mujer con laúd*

Rusticatio Mexicana

“A la Capital de Guatemala”

Salve, mi Patria querida, mi dulce Guatemala, salve,
delicias y amor de mi vida, mi fuente y origen
¡Cuánto me place, Nutricia, volver a pensar en tus dotes,
tu cielo, tus fuentes, tus plazas, tus templos, tus lares!
Paréceme ya distinguir el perfil de tus montes frondosos,
y tus verdes campiñas regalo de ternos abriles.
Acuden con mucha frecuencia a mi mente los ríos doquiera
rodantes, y umbrosas riberas tejidas de frondas
también entre el lujo variado suntuosas las íntimas salas
y muchos vergeles pintados de Idálicas rosas.
¿Y si busco en mi mente entre el lujo dorado brillantes
las Sedas, o tintos vellones de playas de Tiro?
Serán para mí como pábulo eterno de amor a la patria,
y siempre en mis penas dulzura y consuel serán.

Mas ¡Ay! que me engaño: son burlas que turban mi plácida mente,
y vanas quimeras que juegan con esta alma fría.
Que aquellos torreones, cabeza señera de reino tan noble,
ciudad antes fueran, y ahora montones de piedras.
Ni casas, ni templos ya quedan, ni plazas que junten al pueblo,
ni trocha que guíe a las cumbres seguras del monte.
Ya todo se vuelca rodando entre ruina volenta,
cual si golpes de Jove con rayos alados lo hiriese.

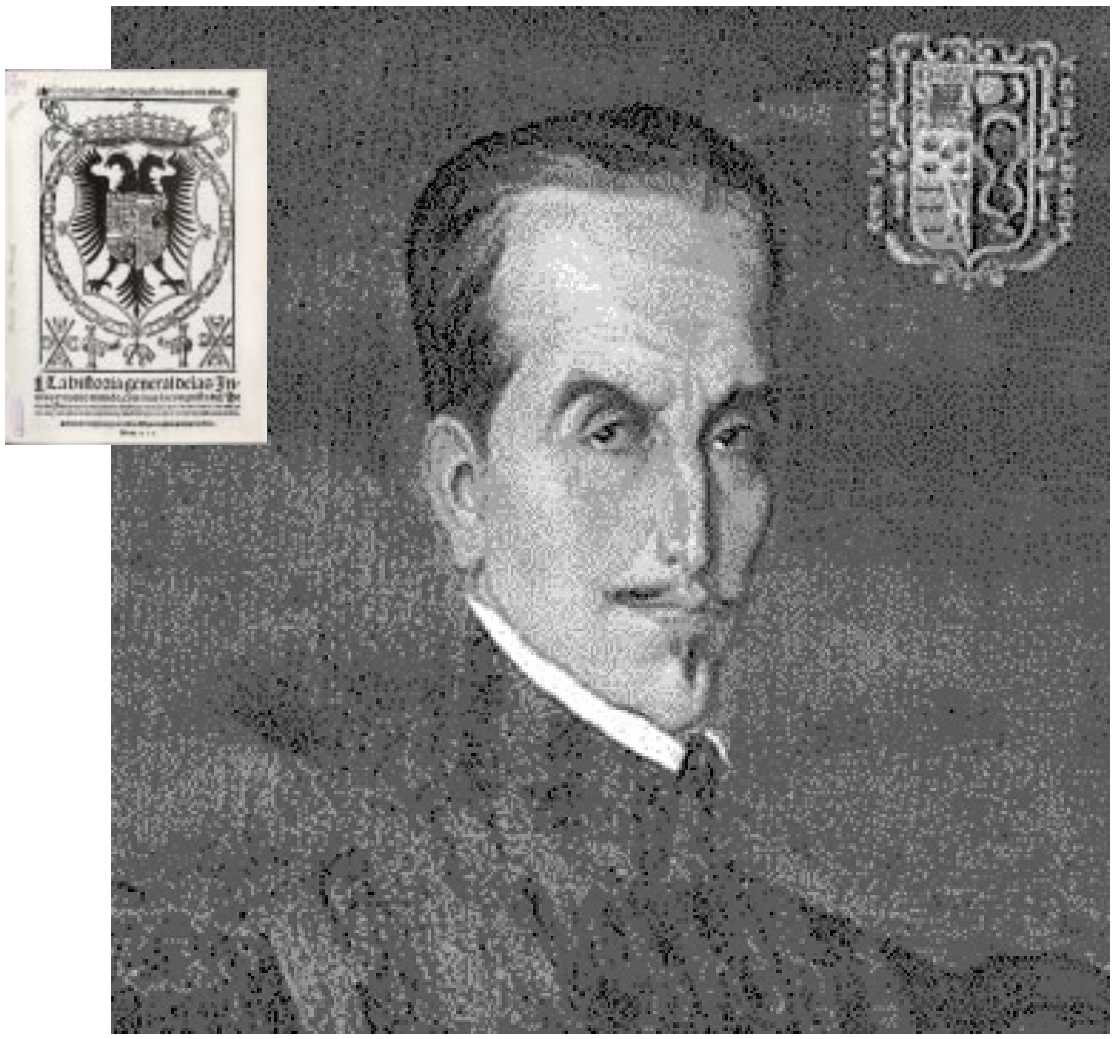
¿Más qué digo doliente? si ya del supulcro resurgen excelsas
mansiones, y altivos se yerguen los templos al cielo.
Ya inundan las fuentes al río, ya bullen las calles de gente,
ya llega a mi pueblo feraz y anhelada quietud:
como aquella ave Fénix, recobra la dicha con creces el valle
al volver del mismísimo polvo de nuevo a la vida.

Alégrate, Patria inmortal, la más ínclita urbe del reino,
y de nueva ruina ya libre, pervive mil años:
La fama nacida al vencer a la súbita muerte, tu triunfo,
yo mismo y mi canto está pronto a llevarlo a los astros.
Mi plectro entre tanto de ronco tañido, solaces del llanto,
recibe, y que seas en cambio tú misma mi lauro.

Segundo Año de Bachillerato

Literatura colonial: El Inca Garcilaso de la Vega

El origen de los Incas Reyes del Perú



El Inca Garcilaso de la Vega

Viviendo o muriendo aquellas gentes (2) de la manera que hemos visto, permitió Dios Nuestro Señor que de ellos mismos saliese un lucero del alba que en aquellas oscurísimas tinieblas les diese alguna noticia de la ley natural y de la urbanidad y respetos que los hombres debían tenerse unos a otros, y que los descendientes de aquél, procediendo de bien en mejor cultivasen aquellas fieras y las convirtiesen en hombres, haciéndoles capaces de razón y de cualquiera buena doctrina, para que cuando ese mismo Dios, sol de justicia, tuviese por bien de enviar la luz de sus divinos rayos a aquellos idólatras, los hallase, no tan salvajes, sino más dóciles para recibir la fe católica y la enseñanza y doctrina de nuestra Santa Madre Iglesia Romana, como después acá lo han recibido, según se verá lo uno y lo otro en el discurso de esta historia; que por experiencia muy clara se ha notado cuánto más prontos y ágiles estaban para recibir el Evangelio los indios que los Reyes Incas sujetaron, gobernaron y enseñaron, que no las demás naciones comarcanas donde aún no había llegado la enseñanza de los Incas, muchas de las cuales se están hoy tan bárbaras y brutas como antes se estaban, con haber setenta y un años que los españoles entraron en el Perú. Y pues estamos a la puerta de este gran laberinto, será bien pasemos adelante a dar noticia de lo que en él había.

Después de haber dado muchas trazas y tomado muchos caminos (3) para entrar a dar cuenta del origen y principio de los Incas Reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traza y el camino más fácil y llano era contar lo que en mis niñeces oí muchas veces a mi madre y a sus hermanos y tíos y a otros sus mayores acerca de este origen y principio, porque todo lo que por otras vías se dice de él viene a reducirse en lo mismo que nosotros diremos, y será mejor que se sepa por las propias palabras que los Incas lo cuentan que no por las de otros autores extraños. Es así que, residiendo mi madre en el Cuzco, su patria, venían a visitarla casi cada semana los pocos parientes y parientas que de las crueldades y tiranías de Atahualpa (4) (como en su vida contaremos) escaparon, en las cuales visitas siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus Reyes, de la majestad de ellos, de la grandeza de su Imperio, de sus conquistas y hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y favor de sus vasallos ordenaban. En suma, no dejaban cosa de las prósperas que entre ellos hubiese acaecido que no la trajesen a cuenta.

De las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes, lloraban sus Reyes muertos, enajenado su Imperio y acabada su república, etc. Estas y otras semejantes pláticas tenían los Incas Pallas (5) en sus visitas, y con la memoria del bien perdido siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: »Trocósenos el reinar en vasallaje... « etc. En estas pláticas yo, como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban, y me holgaba de las oír, como huelgan los tales de oír fábulas. Pasando pues días, meses y años, siendo ya yo de diez y seis o diez y siete años, acaeció que, estando mis parientes un día en esta su conversación hablando de sus Reyes y antiguallas, al más anciano de ellos, que era el que daba cuenta de ellas, le dije:

— Inca, tío, pues no hay escritura entre vosotros, que es lo que guarda la memoria de las cosas pasadas, ¿qué noticia tenéis del origen y principio de nuestros Reyes? Porque allá los españoles y las otras naciones, sus comarcanas, como tienen historias divinas y humanas, saben por ellas cuándo empezaron a reinar sus Reyes y los ajenos y al trocarse unos imperios en otros, hasta saber cuántos mil años ha que Dios crió el cielo y la tierra, que todo esto y mucho más saben por sus libros. Empero vosotros, que carecéis de ellos, ¿qué memoria tenéis de vuestras antiguallas?, ¿quién fue el primero de nuestros Incas?, ¿cómo se llamó?, ¿qué origen tuvo su linaje?, ¿de qué manera empezó a reinar?, ¿con qué gente y armas conquistó este grande Imperio?, ¿qué origen tuvieron nuestras hazañas? El Inca, como holgándose de haber oído las preguntas, por el gusto que recibía de dar cuenta de ellas, se volvió a mí (que ya otras muchas veces le había oído, mas ninguna con la atención que entonces) y me dijo:

— Sobrino, yo te las diré de muy buena gana; a ti te conviene oírlas y guardarlas en el corazón (es frase de ellos por decir en la memoria). Sabrás que en los siglos antiguos toda esta región de tierra que ves eran unos grandes montes y breñales, y las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión ni policía (6), sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hacer de vestir; vivían de dos en dos y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de peñas y cavernas de la tierra. Comían, como bestias, yerbas del campo y raíces de árboles y la fruta inculta que ellos daban de suyo y carne humana. Cubrían sus carnes con hojas y cortezas de árboles y pieles de animales; otros andaban en cueros. En suma, vivían como venados y salvajinas, y aun en las mujeres se habían (7) como los brutos, porque no supieron tenerlas propias y conocidas.

Adviértase, porque no enfade el repetir tantas veces estas palabras: »Nuestro Padre el Sol«, que era lenguaje de los Incas y manera de veneración y acatamiento decirlas siempre que nombraban al Sol, porque se preciaban descender de él, y al que no era Inca no le era lícito tomarlas en la boca, que fuera blasfemia y lo apedrearan. Dijo el Inca:

— Nuestro Padre el Sol, viendo los hombres tales como te he dicho, se apiadó y hubo lástima de ellos y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos para que los doctrinasen en el conocimiento de Nuestro Padre el Sol, para que lo adorasen y tuviesen por su Dios y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad, para que habitasen en casas y pueblos poblados, supiesen labrar las tierras, cultivar las plantas y mieses, criar los ganados y gozar de ellos y de los frutos de la tierra como hombres racionales y no como bestias. Con esta orden y mandato puso Nuestro Padre el Sol estos dos hijos suyos en la laguna Titicaca, que está ochenta leguas de aquí, y les dijo que fuesen por do quisiesen y, doquiera que parasen a comer o a dormir, procurasen hincar en el suelo una barrilla de oro de media vara en largo y dos dedos en grueso que les dio para señal y muestra, que, donde aquella barra se les hundiese con solo un golpe que con ella diesen en tierra, allí quería el Sol Nuestro Padre que parasen e hiciesen su asiento y corte.

Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616).

No hay que confundir a este autor, hijo de un capitán español y de una mujer inca, con el poeta llamado Garcilaso de la Vega. Garcilaso reivindica con su nombre las dos vertientes de sus orígenes y es un poeta mestizo en todo el sentido de la palabra. En su juventud, viaja a España, donde recibe el grado de Capitán y donde, además, estudia literatura. Es en Europa donde traduce los *Diálogos de amor* de León Hebreo, una obra de carácter filosófico. Se dedicó posteriormente al estudio de la historia americana. Fruto de esos estudios son los Comentarios reales, de los cuales copiamos el fragmento anterior.

El cuento de la semana

«Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre»

Horacio Quiroga (Uruguay l878-1937)

Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre

Había una vez un coatí que tenía tres hijos. VivÌan en el monte comiendo frutas, raíces y huevos de pajaritos. Cuando estaban arriba de los árboles y sentían un gran ruido, se tiraban al suela de cabeza y salían corriendo con la cola levantada.

Una vez que los coaticitos fueron un poco grandes, su madre los reunió un día arriba de un naranjo y les habló así:

—Coaticitos: ustedes son bastante grandes para buscarse la comida solos. Deben aprenderlo, porque cuando sean viejos andar·n siempre solos, como todos los coatÌs. El mayor de ustedes, que es muy amigo de cazar cascarudos, puede encontrarlos entre los palos podridos, porque allÌ hay muchos cascarudos y cucarachas. El segundo, que es gran comedor de frutas, puede encontrarlas en este naranjal; hasta diciembre habr· naranjas. El tercero, que no quiere comer sino huevos de p·jaros, puede ir a todas partes, porque en todas partes hay nidos de p·jaros. Pero que no vaya nunca a buscar nidos al campo, porque es peligroso.

«Coaticitos hay una sola cosa a la cual deben tener gran miedo. Son los perros. Yo peleÈ una vez con ellos, y sÈ lo que les digo; por eso tengo un diente roto. Detr·s de los perros vienen siempre los hombres con un gran ruido, que mata. Cuando oigan cerca este ruido, tÌrense de cabeza al suelo, por alto que sea el ·rbol. Si no lo hacen asÌ, los matar·n con seguridad de un tiro».

AsÌ hablÛ la madre. Todos se bajaron entonces y se separaron, caminando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si hubieran perdido algo, porque asÌ caminan los coatÌs.

El mayor, que querÌa comer cascarudos, buscÛ entre los palos podridos y las hojas de los yuyos, y encontrÛ tantos, que comiÛ hasta quedarse dormido. El segundo, que preferÌa las frutas a cualquier cosa, comiÛ cuantas naranjas quiso, porque aquel naranjal estaba dentro del monte, como pasa en el Paraguay y Misiones, y ning˙n hombre vino a incomodarlo. El tercero, que era loco por los huevos de p·jaros, tuvo que andar todo el dÌa para encontrar ˙nicamente dos nidos; uno de tuc·n, que tenÌa tres huevos, y uno de tÛrtolas, que tenia sÛlo dos. Total, cinco huevos chiquitos, que era muy poca comida; de modo que al caer la tarde el coaticito tenia tanta hambre como de maÒana, y se sentÛ muy triste a la orilla del monte. Desde allÌ veÌa el campo, y pensÛ en la recomendaciÛn de su madre.

—øPor quÈ no querr· mam· —se dijo— que vaya a buscar nidos en el campo?

Estaba pensando asÌ cuando oyÛ, muy lejos, el canto de un p·jaro. .

—°QuÈ canto tan fuerte! —dijo admirado—. °quÈ huevos tan grandes debe tener ese p·jaro!

El canto se repitiÛ. Y entonces el coatÌ se puso a correr por entre el monte, cortando camino, porque el canto habÌa sonado muy a su derecha. El sol caÌa ya, pero el coatÌ volaba con la cola levantada. LlegÛ a la orilla del monte, por fin, y mirÛ al campo. Lejos vio la casa de los hombres, y vio a un hombre con botas que llevaba un caballo de la soga. Vio tambiÈn un p·jaro muy grande que cantaba y entonces el coaticito se golpeÛ la frente y dijo:

—°QuÈ zonzo soy! Ahora ya sÈ quÈ p·jaro es Èse. Es un gallo; mam· me lo mostrÛ un dÌa de arriba de un

Los chuchos de Marta

·rbol. Los gallos tienen un canto lindÌsimo, y tienen muchas gallinas que ponen huevos. °Si yo pudiera comer huevos de gallina!...

Es sabido que nada gusta tanto a los bichos chicos de monte como los huevos de gallina. Durante un rato el coaticito se acordÛ de la recomendaciÛn de su madre. Pero el deseo pudo m·s, y se sentÛ a la orilla del monte, esperando que cerrara bien la noche para ir al gallinero.

La noche cerrÛ por fin, y entonces, en puntas de pie y paso a paso, se encaminÛ a la casa. LlegÛ all· y escuchÛ atentamente: no se sentÌa el menor ruido. El coaticito, loco de alegrÌa porque iba a comer cien, mil, dos mil huevos de gallina, entrÛ en el gallinero, y lo primero que vio bien en la entrada fue un huevo que estaba solo en el suelo. PensÛ un instante en dejarlo para el final, como postre, porque era un huevo muy grande, pero la boca se le hizo agua, y clavÛ los dientes en el huevo.

Apenas lo mordiÛ, °TRAC!, un terrible golpe en la cara y un inmenso dolor en el hocico.

—°Mam·, mam·! —gritÛ, loco de dolor, saltando a todos lados. Pero estaba sujeto, y en ese momento oyÛ el ronco ladrido de un perro.

Mientras el coatÌ esperaba en la orilla del monte que cerrara bien la noche para ir al gallinero, el hombre de la casa jugaban sobre la gramilla con sus hijos, dos criaturas rubias de cinco y seis aÒos, que corrÌan riendo, se caÌan, se levantaban riendo otra vez, y volvÌan a caerse. El padre se caÌa tambiÈn, con gran alegrÌa de los chicos. Dejaron por fin de jugar porque ya era de noche, y el hombre dijo entonces:

—Voy a poner la trampa para cazar a la comadreja que viene a matar los pollos y robar los huevos.

Y fue y armÛ la trampa. DespuÈs comieron y se acostaron. Pero las criaturas no tenÌan sueÒo, y saltaban de la cama del uno a la del otro y se enredaban en el camisÛn. El padre, que leÌa en el comedor, los dejaba hacer. Pero los chicos de repente se detuvieron en sus saltos y gritaron:

—°Pap·! °Ha caÌdo la comadreja en la trampa! °TukÈ esta ladrando! °Nosotros tambiÈn queremos ir, pap·!

El padre consintiÛ, pero no sin que las criaturas se pusieran las sandalias, pues nunca los dejaba andar descalzos de noche, por temor a las vÌboras.

Fueron. øQuÈ vieron allÌ? Vieron a su padre que se agachaba, teniendo al perro con una mano, mientras con la otra levantaba por la cola a un coatÌ, un coaticito chico a ˙n, que gritaba con un chillido rapidÌsimo y estridente, como un grillo.

—°Pap·, no lo mates! —dijeron las criaturas—. °Es muy chiquito! °D·noslo para nosotros!

—Bueno, se los voy a dar —respondiÛ el padre—. Pero cuÌdenlo bien, y sobre todo no se olviden de que los coatÌs toman agua como ustedes.

Esto lo decÌa porque los chicos habÌan tenido una vez un gatito montÈs al cual a cada rato le llevaban carne, que sacaban de la fiambrera pero nunca le dieron agua, y se muriÛ.

En consecuencia, pusieron al coatÌ en la misma jaula del gato montÈs, que estaba cerca del gallinero, y se acostaron todos otra vez.

Y cuando era m·s de medianoche y habÌa un gran silencio, el coaticito, que sufrÌa mucho por los dientes

de la trampa, vio, a la luz de la luna, tres sombras que se acercaban con gran sigilo. El corazÛn le dio un vuelco al pobre coaticito al reconocer a su madre y sus dos hermanos que lo estaban buscando.

—°Mam·, mam·! —murmurÛ el prisionero en voz muy baja para no hacer ruido—. °Estoy aquÌ! °S·quenme de aquÌ! °No quiero quedarme, ma... m·! —y lloraba desconsolado.

Pero a pesar de todo estaban contentos porque se habÌan encontrado, y se hacÌan mil caricias en el hocico.

Se tratÛ en seguida de hacer salir al prisionero. Probaron primero cortar el alambre tejido, y los cuatro se pusieron a trabajar con los dientes; mas no conseguÌan nada. Entonces a la madre se le ocurriÛ de repente una idea, y dijo:

—°Vamos a buscar las herramientas del hombre! Los hombres tienen herramientas para cortar fierro. Se llaman limas. Tienen tres lados como las vÌboras de cascabel. Se empuja y se retira. °Vamos a buscarla!

Fueron al taller del hombre y volvieron con la lima. Creyendo que uno solo no tendrÌa fuerzas bastantes, sujetaron la lima entre los tres y empezaron el trabajo. Y se entusiasmaron tanto, que al rato la jaula entera temblaba con las sacudidas y hacÌa un terrible ruido. Tal ruido hacÌa, que el perro se despertÛ, lanzando un ronco ladrido. Mas los coatÌs no esperaron a que el perro les pidiera cuenta de ese esc·ndalo y dispararon al monte, dejando la lima tirada.

Al dÌa siguiente, los chicos fueron temprano a ver a su nuevo huÈsped, que estaba muy triste.

—øQuÈ nombre le pondremos? —preguntÛ la nena a su hermano.

—°Ya sÈ! —respondiÛ el varoncito—. °Le pondremos Diecisiete!

øPor quÈ Diecisiete? Nunca hubo bicho del monte con nombre m·s raro. Pero el varoncito estaba aprendiendo a contar, y tal vez le habÌa llamado la atenciÛn aquel n˙mero.

El caso es que se llamÛ Diecisiete. Le dieron pan, uvas, chocolate, carne, langostas, huevos, riquÌsimos huevos de gallina, lograron que en un solo dÌa se dejara rascar la cabeza; y tan grande es la sinceridad del cariÒo de las criaturas, que, al llegar la noche, el coatÌ estaba casi resignado con su cautiverio. Pensaba a cada momento en las cosas ricas que habÌa para comer allÌ, y pensaba en aquellos rubios cachorritos de hombre que tan alegres y buenos eran.

Durante dos noches seguidas, el perro durmiÛ tan cerca de la jaula, que la familia del prisionero no se atreviÛ a acercarse, con gran sentimiento. Cuando a la tercera noche llegaron de nuevo a buscar la lima para dar libertad al coaticito, Èste les dijo:

—Mam·: yo no quiero irme m·s de aquÌ. Me dan huevos y son muy buenos conmigo. Hoy me dijeron que si me portaba bien me iban a dejar suelto muy pronto. son como nosotros son cachorritos tambiÈn, y jugamos juntos.

Los coatÌs salvajes quedaron muy tristes, pero se resignaron, prometiendo al coaticito venir todas las noches a visitarlo.

Efectivamente, todas las noches, lloviera o no, su madre y sus hermanos iban a pasar un rato con Èl. El coaticito les daba pan por entre el tejido de alambre, y los coatÌs salvajes se sentaban a comer frente a la jaula.

Al cabo de quince dÌas, el coaticito andaba suelto y Èl mismo se iba de noche a su jaula. Salvo algunos tirones de orejas que se llevaba por andar muy cerca del

Grabado de Antonio García Ponce

gallinero, todo marchaba bien. …l y las criaturas se querÌan mucho, y los mismos coatÌs salvajes, al ver lo buenos que eran aquellos cachorritos de hombre, habÌan concluido por tomar cariÒo a las dos criaturas.

Hasta que una noche muy oscura, en que hacÌa mucho calor y tronaba, los coatÌs salvajes llamaron al coaticito y nadie les respondiÛ. Se acercaron muy inquietos y vieron entonces, en el momento en que casi la pisaban, una enorme vÌbora que estaba enroscada en la entrada de la jaula. Los coatÌs comprendieron en seguida que el coaticito habÌa sido mordido al entrar, y no habÌa respondido a su llamado porque acaso estaba ya muerto. Pero lo iban a vengar bien. En un segundo, entre los tres, enloquecieron a la serpiente de cascabel, saltando de aquÌ para allÌ, y en otro segundo, cayeron sobre ella, deshaciÈndole la cabeza a mordiscones.

Corrieron entonces adentro, y allÌ estaba en efecto el coaticito, tendido, hinchado, con las patas temblando y muriÈndose. En balde los coatÌs salvajes lo movieron; lo lamieron en balde por todo el cuerpo durante un cuarto de hora. El coaticito abriÛ por fin la boca y dejÛ de respirar, porque estaba muerto.

Los coatÌs son casi refractarios como se dice, al veneno de las vÌboras. No les hace casi nada el veneno, y hay otros animales, como la mangosta que resisten muy bien el veneno de las vÌboras. Con toda seguridad el coaticito habÌa sido mordido en una arteria o una vena porque entonces la sangre se envenena en seguida, y el animal muere. Esto le habÌa pasado al coaticito.

Al verlo asÌ, su madre y sus hermanos lloraron un largo rato. DespuÈs, como nada m·s tenÌan que hacer allÌ, salieron de la jaula, se dieron vuelta para mirar por ˙ltima vez la casa donde tan feliz habÌa sido el coaticito, y se fueron otra vez al monte.

Pero los tres coatÌs, sin embargo, iban muy preocupados, y su preocupaciÛn era Èsta: øquÈ iban a decir los chicos, cuando, al dÌa siguiente, vieran muerto a su querido coaticito? Los chicos le querÌan muchÌsimo, y ellos, los coatÌs, querÌan tambiÈn a los cachorritos rubios. AsÌ es que los tres coatÌs tenÌan el mismo pensamiento, y era evitarles ese gran dolor a los chicos.

Hablaron un largo rato y al fin decidieron lo siguiente: el segundo de los coatÌs, que se parecÌa muchÌsimo al menor en cuerpo y en modo de ser, iba a quedarse en la jaula en vez del difunto. Como estaban enterados de muchos secretos de la casa, por los cuentos del coaticito, los chicos no desconocerÌan nada; extraÒarÌan un poco algunas cosas, pero nada m·s.

Y asÌ pasÛ en efecto. Volvieron a la casa, y un nuevo coaticito , reemplazÛ al primero, mientras la madre y el otro hermano se llevaban sujetos a los dientes el cad·ver del menor. Lo llevaron despacio al monte, y la cabeza colgaba, balance·ndose, y la cola iba arrastrando por el suelo.

Al dÌa siguiente los chicos extraÒaron, efectivamente, algunas costumbres raras del coaticito. Pero como Èste era tan bueno y cariÒoso como el otro, las criaturas no tuvieron la menor sospecha. Formaron la misma familia de cachorritos de antes, y, como antes, los coatÌs salvajes venÌan noche a noche a visitar al coaticito civilizado, y se sentaban a su lado a comer pedacitos de huevos duros que Èl les guardaba, mientras ellos le contaban la vida de la selva.

HORACIO QUIROGA
(Breve biografÌa)

Horacio Quiroga nace el 31 de diciembre de 1878 en Salto, Uruguay. En 1897 hace sus primeras colaboraciones en medios periodÌsticos. En 1900 viaja a ParÌs.

En 1902 mata accidentalmente, con una pistola, a su amigo Federico Ferrando. Se muda a Buenos Aires, Argentina. En 1903 trabaja como profesor de castellano y acompaÒa, como fotÛgrafo, a Leopoldo Lugones en una expediciÛn a la provincia de Misiones. En 1906 publica su relato Los perseguidos, un adelanto de lo que despuÈs se conocerÌa como literatura psicolÛgica. En 1909 se casa con Ana MarÌa CirÈs y se van a vivir a San Ignacio. En 1911 es nombrado juez de Paz. En 1915 se suicida su mujer. Regresa a Buenos Aires en 1916.

En 1917 publica Cuentos de amor de locura y de muerte y en 1919, Cuentos de la selva, libro escrito para sus hijos. En 1927 se casa con MarÌa Bravo. En 1932 se traslada a Misiones. En 1936 su mujer lo deja y vuelve a Buenos Aires. El 19 de febrero de 1937, aparece muerto por ingestiÛn de cianuro.

Voces Nuevas:
Epigramas de Luis Alonso Cardoza...

"Poesía no es sólo aquella que nace y se hace, según normas y cánones lingüísticos y literarios, propios de una élite intelectualista; sino también, aquella que nace espontáneamente, de la sensibilidad pura del hombre común"...
LAC

Cuando yo muera

Cuando yo muera
se irán conmigo mis únicas amigas:
la tristeza, la soledad y mi poesía...

y en ese sempiterno sueño,
será la tierra con amor de madre,
la que me abrirá sus inmensos brazos
y me recibirá en su seno...

California, mayo de 1995

Tarde silenciosa

Oh tarde silenciosa y pensativa,
crisol de mi hipocondríaca nostalgia...

tus arreboles son poemas de colores
en el inmenso lienzo de aquel cielo acuarelado,
donde aves soñolientas surcan el horizonte
como oscuras almas en pos de su descanso...

Silabario

Se ha quedado tu nombre olvidado
en algún rinconcito de mi alma,
lo he buscado por toda mi memoria
y no he logrado encontrar ni tu apellido.

He buscado cada una de sus letras
para unirlas y formarlo en sílabas secretas,
pero se esconden en ese viejo silabario,
donde aprendí con ternura,
a deletrearlo...

julio de 2008

Madrigal

Dime noche,
¡noche bella!

¿Dónde estará ella...
acaso oculta entre las estrellas?

¡Dejad que la busque entre las más bellas!

Soy

Soy un andrajoso paria
en el camino de la vida.

El frío en mis huesos,
se cobija bajo mi muerte.

¡Mi sombra huye de mí!

Soy el eco lejano
de un nombre que existió.

¡Soy...

aquel que fui!

Tu rostro

Como sueños confusos
caminan las horas
entre el receloso silencio de la noche.

Tú no estás... se ha ido tu sombra...

Sólo queda el abismo
donde duerme
tu rostro.

Tu nombre

Busco el pan entre el mendrugo,
el hambre entre la comida,
el amor dentro del odio,
la distancia en la cercanía,
el eco dentro del silencio...

tu nombre, mujer,
en el alma mía...

Luis Alonso Cardoza nació el 1 de agosto de 1945 en Ciudad Delgado, San Salvador.
Fotógrafo de profesión, siempre ha sido un incansable impulsor del arte y la cultura. Además de poeta, es pintor, escultor y ceramista.
Reside en Soyapango desde casi toda su vida, y ha elaborado numerosas investigaciones periodísticas sobre la idiosincrasia de nuestros pueblos indígenas.
Su biografía aparece en Reseña Histórica de la Ciudad de Soyapango, elaborada doña Cleotilde Tomasa López de Zetino.

each*

Martiana

Versos Sencillos (1891)

VI-SI QUIERES QUE DE ESTE MUNDO...

Si quieren que de este mundo
Lleve una memoria grata,
Llevaré, padre profundo,
Tu cabellera de plata.

Si quieren, por gran favor,
Que lleve más, llevaré
La copia que hizo el pintor
De la hermana que adoré.

Si quieren que a la otra vida
Me lleve todo un tesoro,
¡Llevo la trenza escondida
Que guardo en mi caja de oro!

VII-PARA ARAGÓN EN ESPAÑA...

Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón,
Franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
Por qué lo tengo, le digo
Que allí tuve un buen amigo,
Que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
La de la heroica defensa,
Por mantener lo que piensa
Juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
O lo enoja un rey cazurro,
calza la manta el baturro
Y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
Que baña el Ebro lodoso:
Quiero el pilar azuloso
De Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
Echa por tierra a un tirano:
Lo estimo, si es un cubano;
Lo estimo, si aragonés.

Amo a los patios sombríos
Con escaleras bordadas;
Amo las naves calladas
y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
Musulmana o española,
Donde rompió su corola
La poca flor de mi vida.